

EL TOREO COMO ARTE

por Domingo ORTEGA

EL arte del toreo—como he dicho en mi conferencia del Ateneo de Madrid hace unos meses—es una cosa muy compleja; digo compleja porque uno lo ve de manera distinta; por lo tanto, yo trataré de hacer un esbozo del arte, tal como lo he visto a través de mis veinte años de profesión y veinticinco de aficionado.

Ustedes comprenderán que mi punto de vista tiene que ser diferente del de el señor que se sienta en un tendido para registrar, como si fuera una máquina fotográfica, las imágenes que pasan por su campo visual, y en el momento regocijarse o disgustarse con ellas. Posiblemente, éste sería el ideal de la fiesta; pero si solamente consideramos este aspecto, caeremos en una cosa pobre y, lo que es peor, peligrosa para el arte del toreo.

Tenemos que partir de que es un arte muy joven, en relación con las demás artes, pues mientras éstas han alcanzado tal definición hace miles de años, nosotros llevamos total... cuatro días.

Se han escrito muchos libros de toros, y no digamos artículos en revistas y diarios; pero considerando aparte la magnífica enciclopedia de José María de Cossío, todo o casi todo lo que se ha escrito es apasionado y, por lo tanto, negativo para un arte que como tal está empezando.

El libro del arte del toreo está haciendo falta. Creo difícilísimo que aparezca, por ser muy pocos los hombres capacitados para escribirlo. A mi modo de ver, sólo dos tipos de hombre podrían realizarlo: el primero, un gran filósofo que sienta el arte de la fiesta nacional, y no creo que reúna estas dos condiciones más que D. José Ortega y Gasset, que, desgraciadamente, no tendrá tiempo de hacerlo, por sus muchas ocupaciones mentales; el otro podría ser un matador de toros, y digo podría porque esto es todavía más difícil; si podía escribir el libro, es decir, si estaba preparado para el arte de las letras, sería casi imposible que hubiese tenido tiempo para calar en lo profundo del arte del toreo; por lo tanto, tenemos que resignarnos a que corra el tiempo y esperar a ver si un día surge en el toreo un hombre del Renacimiento.

Decíamos anteriormente que quizá lo bueno sería ver las suertes de la fiesta en un aspecto exclusivamente visual; pero esto no es suficiente, porque tenemos delante de nosotros a un animal al que hay que someter y reducir, y por lo tanto es necesario ir a una fórmula no sólo de estética personal del artista, sino también de estética con relación a la eficacia sobre el animal. Porque no hay que olvidar que no se trata de un *ballet*, en que conseguida la estética visual está logrado todo, sino que el toreo tiene un fin determinado, y una estética visual, en su caso, si no lleva consigo la eficacia que produce el bien hacer el arte, será negativa, aun cuando cuente con el aplauso de muchos de los espectadores.

Ustedes, aficionados, a poco que recuerden, habrán visto muchas veces en las corridas de toros faena de veinte, treinta, cuarenta pases, y el toro cada vez más entero, o por lo menos lo mismo que cuando empezó, y a la hora de matar estar el torero pegado a las tablas y pinchar en hueso, o si tiene mucha suerte, atravesar el toro.

Cuando esto ocurre, hay que ponerse en guardia y pensar que algo raro está pasando: ¿Cómo es posible que con esa cantidad de pases, que fueron aparentemente bellos para gran parte del público, el toro no se haya sometido? La respuesta es muy sencilla: Lo que ha ocurrido es que el torero ha estado dando pases, y dar pases no es lo mismo que torear. Puede un torero tenerle miedo a un toro, esto es humano; pero si le ha dado veinte o treinta pases, quiere decir que el miedo se le ha olvidado, y en ese caso, si no ha reducido, si no ha sometido al toro, es porque no ha practicado el gusto de bien hacer, que es un placer al cual hasta las fieras se entregan.

Es muy curioso oír a los aficionados lamentarse sobre el estado actual de la fiesta, y yo les diría: ¿Pero cómo pueden ustedes sorprenderse de esto? ¿Es que creen que esta situación ha surgido por ley espontánea? No, señores, ha tenido su proceso, y ustedes han tenido gran culpa de ello; digo gran culpa porque no sería justo echársela toda. Bien es verdad que no sé si hoy existen aficionados, y si existen se han dejado arrollar por la masa, seguramente porque la vida tiene problemas más importantes que la afición a los toros, aun para los más apasionados. Ahora bien: no es de hoy tampoco de cuando parte este error, según mi modo de ver, sino de hace treinta o cuarenta años.

Considero culpables a los aficionados porque no han sido consecuentes en sus convicciones, probablemente porque han sido partidarios de las personalidades de los toreros, pero nunca, o casi nunca, conscientes de las buenas normas de practicar el arte; de no haber sido así, con los malos ratos que han pasado y el dinero que a muchos les costó esta afición posiblemente no se hubiesen abandonado las normas del bien hacer el toreo. A ver si me explico, para que ustedes me entiendan, aunque no cite nombres cuando me refiero a toreros de este siglo. Ahora sólo nos interesan las normas, y no nos importa si Pedro fué mejor o peor que Antonio. Ha habido aficionados partidarios de un torero determinado, pongamos X. Era éste un torero de normas clásicas, de formación rondeña, con templanza, con cargazón en la suerte, con lentitud. Pues en cuanto X se retiró de los toros, se hicieron partidarios de Z, que era un torero completamente distinto, no ya en la personalidad, sino en la forma y en las reglas; y aquí pondría ejemplos que nos llevarían demasiado tiempo. Entonces, yo deduzco: Estos aficionados, siendo partidarios de X, no le conocieron realmente, y la prueba es que jamás le catalogaron como clásico en sus normas, sino como estilista, como algo diferente de todo lo anterior. Esto fué un gran error, porque este to-

ro X estaba reviviendo aquello que ya estaba casi olvidado, traduciéndolo y expresándolo según su propia personalidad, pero que tenía el germe de los Romero, pues gracias a las normas de Pedro, X, cuando se forma en su toreo, es decir, en el clasicismo del bien hacer, llega a reducir a los toros de tal forma que un buen día, al cuarto pase, fíjense bien que digo al cuarto pase, puede impunemente pasarles la mano por el testuz a muchos toros de su época. Porque no se trata de atontar a los toros a los quince o veinte pases, sino de torearlos. En el toreo ha habido y hay otras normas distintas de las de Romero, pero son negativas para la eficacia y la belleza del arte en toda su magnitud.

Los aficionados tienen mucha culpa por no haber seguido fieles a las normas clásicas: Parar, Templar y Mandar. A mi modo de ver, estos términos debieron completarse de esta forma: Parar, templar, CARGAR y mandar; pues posiblemente si la palabra cargar hubiese ido unida a las otras tres desde el momento en que nacieron como normas, no se hubiese desviado tanto el toreo. Claro que también creo que el autor de esta fórmula no pensó que fuese necesaria, porque debía saber muy bien que sin cargar la suerte no se puede mandar y por lo tanto en este término iban incluidas las dos.

Bien entendido que cargar la suerte no es abrir el compás, porque con el compás abierto el torero alarga, pero no se profundiza; la profundidad la toma el torero cuando la pierna avanza hacia el frente, no hacia el costado.

Parar, templar y mandar. ¡Ahí es nada! ¡Se confunden tanto estos conceptos!... La mayoría cree que parar, templar y mandar es esperar a que los toros vengán a estrellarse en el objeto, sin que el torero se mueva; esto es un error, porque si te paras, no puedes templar, y mucho menos mandar. Los toros, cuando más tienen que parar, templar y mandar es cuando más fuerza tienen, y es muy curioso que hoy, que se torea mejor que nunca, según tantísimos aficionados, son muy pocos los toros que se torea con el capote. ¿Y por qué, si se torea mejor que nunca? Pues sencillísimo: porque no se ponen en práctica los conceptos que definen esas normas; por lo tanto, no se torea, se dan pases; eso sí, muchos pases.

Trataré de explicarlo mejor: Fíjense ustedes, cuando van a un tendadero, cómo todo aficionado, e inclusive aficionada, da pases a poco que se decida. Yo, que he tenido siempre bastante afición, he hecho muchos experimentos en el campo con los aficionados. Les voy a contar a ustedes uno de los más significativos: Había un muchacho amigo mío que quería ser torero; con gran frecuencia me insistía para que le llevase a torear unas becerras; yo veía que no podría ser torero, entre otras muchas razones porque rondaba ya los cuarenta, edad algo excesiva para empezar esta profesión; pude convencerle de que para ser torero a su edad era preciso hacer una cosa rara, algo que a los demás no se les hubiese ocurrido; le convencí de que podía ganar mucho dinero haciendo lo que yo le dijese; le expliqué que era muy importante, primero, un buen apodo para el cartel, y segundo, llevar a la práctica un toreo en relación con el anuncio; él a todo decía que sí, porque lo que quería era torear. Me pregunta:

—Oiga usted—porque su chaladura era tan profunda que cuando hablábamos de cualquier asunto me tuteaba, pero en cuanto se trataba de toros me hablaba de usted—: ¿cómo me voy a anunciar en los carteles?

Le dije:

—El torero sonámbulo.

—¿Y qué tengo que hacer en la plaza para estar en relación con ese nombre tan raro?

—Pues muy sencillo, torear con los ojos vendados.

Dice:

—Pero, ¿cómo? ¿Con los ojos tapados?

—Sí, señor. ¿Tú no quieres ser algo muy serio? Pues con esto te haces el hombre más popular de España.

Pues bien, un poco mosca, como el gran Sancho, me pregunta:

—¿Pero usted cree que eso es posible?

—Pues claro, hombre,

—Bueno, cuando usted lo dice será verdad.

Manos a la obra, nos fuimos al campo, preparamos el tendadero, le tapé bien los ojos para que no viese por abajo, cosa a la que se resistía, y cuando estuvo la becerria a punto, le saqué al ruedo y le dije:

—Cuando yo te diga ¡ahora!, mueves la muleta, y así sucesivamente hasta que te dé la voz de retirarte. La cosa salió como estaba prevista: le dió cinco o seis pases, es decir, se los dió la becerria, él se quedó encantado, los demás se habían divertido y yo afirmaba mis convicciones: dar pases no es lo mismo que torear. Como sigue siendo amigo mío, desde aquí le pido perdón por haber aprovechado su afición para mis experimentos.

He oído dar como argumento en favor del toreo actual, y siento mucho habérselo oído decir el otro día a mi gran amigo Antonio Pérez Tabernero, que los toreros de antes no les interesaban más que a cuatro aficionados, y que hoy se llenan las plazas; pero no es razón para afirmar que el arte se haya purificado, ni mucho menos. ¿Qué me dirían ustedes si yo afirmase que porque hoy hay más teatros y acude a ellos más público los autores actuales son mejores que Calderón y Lope?